



COMO un providencial regalo, con el cual me regodeo espiritualmente, he sentido siempre una irresistible vocación de espectador de la obra de arte. En primer lugar, la mejor y más perfecta—como hecha por Dios—de la Naturaleza, que sea árida o fértil, monótona o variada, impresiona el sentimiento, aunque, como es de rigor, haya una gradación sensible en contemplarla. Y en especial, lo arquitectónico me ha atraído sobre todas las Artes por razones que, aunque sean atrevidas, os quiero confiar brevemente.

En primer término, he considerado a la arquitectura como el signo más completo y expresivo de la manera de ser de un pueblo, un tiempo y una sociedad. Aparte de las agudezas orsianas sobre el significado de la dispersión gótica y la convergencia renacentista, hay, a mi juicio, otros aspectos—externos, claro está—que concuerdan con la idea predominante en aquellos. No concibo a la Edad Media, un tanto nebulosa, guerrera y épica, como productora de unas formas tectónicas aligeradas o complacidas, tal cuales

